



El famoso mapa de Juan de la Cosa (1500). Museo Naval, de Madrid.

NUESTRA FALSA "IMAGO MVNDI"

Cuando nuestro barco llegó a Río de Janeiro amanecía, y un alfange de nubes anaranjadas decapitaba el Pico del Pan de Azúcar.

Cada cinco minutos despegaba un avión de plata que (como esos pececillos incesantes de los remansos cuando les da el sol) daba su cuchillada de reflejo y se perdía en el amanecer.

«Esto — alguien comentó — nadie lo imaginaba en Berlín o en Roma, cuando estalló la guerra».

En Natal se descuelga el trimotor, con su luz de oficina, palpitante, como cansado del salto del Atlántico, y aún con la arena naranja de Villa Cisneros, en el tren de aterrizaje, y se posa en el inmenso asfalto de la pista mojada por una lluvia caliente, ardorosa, de un inmenso aeródromo llamado, un poco pomposamente, *O trampolín de victoria*.

«Esto — pensé, completando aquella reflexión de hacía un año — también lo ignoraban en Florencia, en Munich y en Viena, en pleno conflicto, hasta que empezó el bombardeo».

En un interesante trabajo titulado *Imagen del mundo hacia 1570*, su autor, Gonzalo Menéndez Pidal, se asombra, con razón, de que todavía, a finales del siglo XVI, los geógrafos y humanistas siguieran aferrados a los textos de Pomponio Mela, o a la cartografía de Ptolomeo, sin incorporar ni tener para nada en cuenta, los inmensos descubrimientos americanos de los españoles, que acababan de regalar al planeta nada menos que dos mares y un nuevo continente.

A la concepción clásica de las tres dimensiones — Europa, Africa y Asia —, España añade una cuarta dimensión al mundo plano, flotando como una bandeja de plata, con sus mares tenebrosos que se precipitaban en el vacío, la esfera modelada por las naves españolas. Porque es España quien demuestra la redondez de la esfera, intuída, pero no comprobada desde Alejandría.

Sin embargo, nada le cuesta al hombre tanto como arrancarse los viejos prejuicios. Y, en realidad, viajamos para comprobarlos y nos llamamos a engaño, si los hechos intentan desmentirlos.

Así resulta inútil que en la Turquía laica y republicana del

Chazi los hombres lleven sombreros flexibles y las señoras bailen, con trajes de París, el tango, en «Tokatlian» o en «La Rosa Negra»; porque para los caricaturistas y cronistas del mundo, un turco seguirá siendo, por muchos años, un hombre con fez; y una señora de Estambul, una gorda prisionera de harén, con la boca velada, tomando dulces gomosos y con dos platillos enjorjados sobre los senos.

Y la coleta de los chinos supervivirá durante décadas a su desaparición.

La *Ecúmene* griega — es decir, las *tierras habitadas* — era como un pequeño cono truncado de luz mediterránea sobre un planeta en sombra. Fuera de ella, no podían existir seres humanos. La Edad Media heredó este concepto, y no amplió la luz de su proyector sobre la negrura del mapa.

Con una cirugía que podríamos llamar antiestética, se mutila el cuerpo del hombre, para despojarle del alma y producir monstruos sobre las tierras desconocidas. Y así surgirán criaturas humanas con cabeza de perro, como los de Agamán, con sus túnicas de púrpura bordadas de oro; o seres acéfalos; o con la cabeza en el pecho; o con los pies al revés; o con uno tan grande, que echados les servía de sombrilla contra el sol del trópico. O seres sin boca, perpetuamente sellados, que se alimentaban con el olor de las manzanas. Y una fauna de unicornios, con cuerno de nácar; y de extrañas ovejas alimentadas con peces.

Pasma contemplar, en el apasionante libro de Menéndez Pidal, el deforme mapa ptolemaico de la Europa del siglo XVI, ya en pleno descubrimiento, y compararlo con el



geográfico de Jaime de Mallorca, dibujado dos siglos antes, sin preocupación alejandrina, sino basado en las navegaciones medievales y cuyo perfil, casi perfecto, difiere ligeramente del actual, como una tricromía no exactamente encajada.

Los humanistas ignoraron a los geógrafos. Ellos representaban el mundo clásico, fijo, grecolatino, frente al gran romanticismo de América, con sus ríos épicos, sus imperios de oro y sus selvas impenetrables. Y durante años fueron vanas las noticias de nuestros descubridores; los datos de Acosta o de Machuca.

Pero es que los mismos conquistadores y descubridores llevaban en sus mentes la geografía antigua. Colón, que navegaba recordando el mapa de Toscanelli, cree descubrir el Japón, cuando ha llegado a Cuba. Y existe un curioso mapa dibujado por Bartolomé Colón, lleno de «Indias externas», «Ganges» y «Oceanus Indicus», sobre el perfil de la costa de Venezuela, recorrida en el cuarto viaje.

Los europeos, en su máquina mental de fotografías, llevaban ya un «cliché» clásico, y sobre él retrataron los nuevos paisajes, resultando dos fotografías superpuestas.

Así, el clima del Caribe es «como abril en Andalucía»; los peces están irisados «como gallos».

En las Antillas, verá el Almirante a una «sirena» con barbas (un lobo marino en la niebla), y llamará a esas islas Las Barbadas.

Orellana descubre, en el río que debería llevar su nombre, a las mitológicas Amazonas. Y en las enormes huellas humanas sobre la nieve de la Tierra de Fuego, identifican nuestros marineros los grandes pies — los patones o los patagones — de los fabulosos seres que los utilizaban como quitasol.

Porque aún no han nacido los nombres puros de los animales americanos; así, un cráneo de lobo marino es el de una vaca. Y los pavos de Méjico serán «gallinas de papada»; las llamas del altiplano de Cuzco, «carneros del Pirú»; los jibosos bisontes de las praderas de Norteamérica, «vacas corcovadas».

Pues, bien; la clásica «Ecúmene» greco-latina, la cartografía medieval, persiste atávica en nuestra sangre de europeos. La imagen de América aún no ha sido mentalmente digerida. Cuatrocientos cincuenta y cinco años después del descubrimiento, la noción de América no ha sido asimilada. A pesar de los barcos, del cine, de los aviones, seguimos en nuestro clásico mundo ptolemaico de las tres dimensiones.

En mi último viaje a España, he apostado con diferentes amigos sobre la anchura del Río de la Plata, de orilla a orilla.



Cuando les replicaba que, cerca de la desembocadura, su anchura es de más de doscientos kilómetros, y que se necesitaba toda una noche de barco para atravesarlo, el asombro se pintaba en sus rostros, como cuando la tripulación de Solís contaba en Sevilla su asombro ante las primeras islas. Es frecuente, en Europa, recibir encargos, cuando se parte para Buenos Aires, para amigos que residen en Caracas. Pero estas mismas personas sonreírían si al viajar desde aquí para Cádiz, se las entregase un paquete para unos conocidos de Varsovia.

¿Se sabe realmente, se realiza — olvidados ya los textos del colegio —, que un chileno que del norte de su país se desplace hacia el sur recorre, por su propio territorio, una distancia equivalente a la que hay entre Escocia y Persia? ¿Se concibe que esa pequeña isla, en el centro del Amazonas, que se llama la Isla de Marajó, tiene el tamaño de Suiza; y que la provincia de Buenos Aires es casi como España?

Cierto es que en Europa, en doscientos kilómetros, se contemplan y saborean catedrales, trajes, costumbres, palacios, fábricas, quesos, vinos y fiestas populares. Cierto es que en Europa, en doscientos kilómetros se ve más que en seis mil kilómetros por las partes desiertas de América. Y es verdad que la diversidad da la idea de la distancia, y que, en este aspecto, Europa es acaso el Continente mayor de la Tierra. Pero algún día este espacio desierto estará lleno de cosas. Si Hitler, a imitación de Pedro el Grande, en los astilleros de Saardand, hubiera trabajado como un obrero en Detroit, donde se fabrican millones de automóviles, probablemente hubiera sido más cauto al declarar la guerra.

Si Mussolini, en lugar de ser maestro en Suiza, hubiera ejercido de ingeniero en Río, no se hubiera lanzado, tan ligeramente, a su trágica aventura.

Nos es preciso, a los europeos, reformar totalmente nuestra falsa «idea del mundo». En nuestros atlas escolares, Suiza, Bélgica o Luxemburgo ocupan una página a todo color, exactamente del mismo tamaño que la que se reserva para todo el Continente Americano, desde Alaska a la Patagonia.

En el futuro, para gobernar a Europa, será necesario haber conocido América; porque tanto para la paz como para la guerra, hay que contar con ella.

Por no haber variado nuestra «Imago mundi», hemos visto en este siglo a Alemania perder sus dos guerras, porque los planes de su Estado Mayor eran ptolemaicos, y porque desencadenaron batallas púnicas o de las guerras de las Galias, contra una Norteamérica habitada por ingenieros casi marcianos, que con el radar tocaban a la luna.